

5882

temporáneos

DE 32



NOVELA DE  
CARMEN DE BURGOS  
(COLOMBINE)

Ilustraciones de AVRIAL

2 DE JULIO DE 1915

NÚM. 340

EDICIÓN  
ECONÓMICA 20 cénts.

# Los Contemporáneos

SE PUBLICA LOS VIERNES

Publica novelas cortas de los mejores autores, lujosamente ilustradas, en negro y colores, por renombrados dibujantes.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

CALLE DE FERRAZ, NÚM. 82, MADRID

Teléfono 4.539

Apartado de Correos 216

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.

Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18

## NÚMERO SUELTO

Edición de lujo, 30 céntimos.

Ed. económica, 20 céntimos.

Anuncios: pídase tarifa.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia sobre ellos.

## PARA CASAS DE CAMPO

El alumbrado por gasolina no tiene rival. Es inexplosivo y no produce humo ni olor.

CATÁLOGOS GRATIS

Laorden y Compañía: Calle de las Fuentes, 9. — Madrid

## FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo, 12. CAPELLANES, 12, Precio fijo.

## SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

### Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 6 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

### Línea de New-York, Cuba Méjico.

Servicio mensual saliendo de Génova el 21, de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

### Línea de Cuba Méjico.

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 18, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña y Santander.

### Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanita, Caraqueo, Puerto Cabello, y La Guayra. Se admite pasaje y carga con trasbordo para Veracruz, Tampico, Puerto Barrios, Cartagena de Indias, Maracaibo, Coro, Cumaná, Carúpano, Trinidad y puertos del Pacífico.

### Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Cerdeña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena y Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro miércoles, ó sea: 6 Enero, 8 y 31 Marzo, 28 Abril, 26 Mayo, 23 Junio, 21 Julio, 18 Agosto, 15 Septiembre, 13 Octubre, 10 Noviembre y 8 Diciembre; para Port-Said, Suez, Colombo, Singapore, Ilo Ilo y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sea: 26 Enero, 23 Febrero, 23 Marzo, 20 Abril, 18 Mayo, 15 Junio, 13 Julio, 10 Agosto, 7 Septiembre, 5 Octubre, 2 y 30 Noviembre y 28 Diciembre, para Singapore y demás escalas intermedias que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la Costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

### Línea de Fernando Póo.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

### Línea Brasil-Plata.

Servicio mensual saliendo de Bilbao y Santander el 16, de Gijón el 17, de Coruña el 18, de Vigo el 19, de Lisboa el 20 y de Cádiz el 23, para Rio Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el 16 para Montevideo, Santos, Rio Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

# LA LIDIA

Ilustración taurina semanal  
SE PUBLICA LOS LUNES :: PRECIO 20 CTS.

ESTA COPIA NO  
SE PRESTA

-5882-A

## CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)



# EL ABOGADO

En aquellas largas horas de espera se arrepentía de haber acudido á la cita. Había bastado una carta anónima, escrita en vulgar papel, con letra desconocida para que ella acudiese al café con una creencia firme de que sólo Santiago podía llamarla así "No hagas nada, ven á verme mañana de cinco á seis al café de San Sebastián". No podía ser nadie más que Santiago, asustado de la demanda interpuesta ante los tribunales por la amante olvidada, en favor del hijo de ambos. Había creído conocer su voz y había obedecido presa de esa sugestión de las mujeres que se acostumbran á los mandatos del hombre sin razonarlos ni discutirlos. Si en el primer momento se hubiera encontrado ante Santiago, no hubiera tenido fuerzas para resistir á sus deseos.

Pero poco á poco, con la larga espera, venía la reflexión, y con ella la indignación creciente, enconada, contra el hombre que la había abandonado.

Algunas veces le exaltaba el temor de estar siendo juguete de una burla, de que la carta fuese de uno de tantos enamoradizos de ocasión, de aquel coro de hombres, belfudos todos, que en lampiños, barbudos ó con bigote, altos ó bajos, barrigones ó escuálidos se confundían en uno solo por la expresión ansiosa y procaz; en la que hay algo del prendero ó del anticuario que busca gangas en las dolorosas almonedas de las viudas y las huérfanas que venden sus mobiliarios.

Algunos momentos pensaba en irse; tal vez estaría siendo juguete de una burla; pero se sentía dominada por esa fuerza de inercia que se desartolla cuando ya se ha esperado un rato: Esperar otros diez minutos... otros diez... otros. Y cada minuto se va uniendo á los anteriores, con su pesantez, para hacer esperar más y más sin romper el yugo de la espera. En cómplice el ambiente del café, cerradas las puertas, corridos los visillos, bajos los estores, se hallaba sumida en una media luz de iglesia. Había un ambiente de humedad y frescura en medio del ardor de siesta cálida, que subía de la calle recién regada con ese olor de tierra de la calle urbana, acre y picante, que no tiene la tónica frescura de la tierra de labor; aquel café con sus dos puertas, su largo pasillo, sus recodos, parecía estar hecho para las citas misteriosas; los espejos lo ampliaban desdoblado y triplicando su extensión, y haciendo

más sensible la impresión de soledad de las mesas blancas, sin comensales, con un botijo de barro rojo, rezumante, sobre cada una, ofreciendo su frescor entre el bullicio de la ciudad, con la placidez de esas granjas que al borde de los caminos ofrecen sus jarreras, con las panzudas alcazras rebosantes de agua invitando á entrar y apagar la sed.

Poco á poco la invadía un sopor algo letárgico, en el que evocaba con rara clarividencia las escenas de su vida pasada. Era aquel sosiego de reposo y bienestar el que evocaba su infancia. ¡Tan bella siempre la infancia! Inconsciente, sin darse cuenta de ello, había sufrido la ruina de su familia y la muerte de sus padres, en esos años en que el dolor no llega hasta los niños que tienen los ames. Ella había tenido al lado una hermana mayor que reemplazaba á la madre, que no recordaba: un pequeñita era cuando la perdió.

Su hermana Elvira tenía para ella todas las ternuras, las previsiones y las condescendencias de la madre joven, que aún sabe sentir como las niñas y tomar parte en sus juegos y sus goces. A pesar de su juventud, Elvira tomó á su cargo el papel de madrecita y de jefe de la familia: de los restos de su fortuna se amuebló un piso interior en la calle de la Salud, donde vivía con su hermanita, sin criados ni servidores, desempeñando ella misma todas las tareas domésticas y dando lecciones de piano para atender á sus necesidades. Manolita recordaba á su hermana siempre dulce, serena, de una melancolía plácida y sonriente, que parecía hacerlo todo sin esfuerzo y sin trabajo. Recordaba la idolatría de que la rodeó, los detalles de sus comiditas, en las que no faltaban para ella bocados exquisitos, cuando tal vez la otra se quedaba sin comer. Recordaba su virtud severa, austera, de una simplicidad arraigada: Era bella, era joven y parecía haber renunciado á todo, de tal modo, que Manolita no recordaba en ella la más ligera coquetería. Creció al lado de aquella hermana, guardada, cohibida por ella, recibiendo sus lecciones, porque Elvira no quería para la niña la promiscuidad de un colegio, ni le consentía tener amigas.

Había sido antes de cumplir los quince años cuando la conoció Santiago, que ya contaba más de treinta. Santiago era hijo de uno de esos comerciantes honorables que se hacen multimillonarios y que por mucho que hablan de su honradez no convencen á esa inmensa mayoría que trabaja para comer, sin poder ahorrar una peseta, y no comen que se puedan adquirir fortunas más que por la herencia, el robo ó la lotería.

Como todos los enriquecidos de igual modo, el señor Aledo, padre de Santiago, no sabía derrochar sus riquezas: tener un buen abrigo, ir los sábados y los domingos al teatro, fumar tabaco corriente, que no faltasen en la mesa buenos filetes y vino Valdepeñas, era todo su lujo; y seguía madrugando, haciendo cuentas, sirviendo al público y habitando en el cuchitril de la trastienda, donde había pasado su juventud. El buen hombre no se explicaba cómo se podía gastar tanto dinero como tiraba su hijo. Sin duda las mujeres. El había tenido desde su viudez bastantes quebra-

deros de cabeza, pero todos baratos: un traje, un anillo, un billete de cincuenta pesetas. Verdad es que él no trató jamás á ninguna de aquellas bellezas célebres, que envidaban á su hijo los señores aristocráticos más encopetados. El no negaba dinero al chico, tenía su orgullo en ver eclipsar á los señorones que lo trataban despreciativamente en la tienda. Por mucho que tirase el muchacho, no llegaría á gastar las rentas, y luego la juventud pasa y los hombres sientan la cabeza. Era para él una especie de revancha el que su hijo gozase todo lo que él no había podido gozar.

Gracias á la esplendidez del padre, Santiago figuraba en todos los casinos y clubs de Madrid; alternaba en todos los salones y era célebre por su elegancia, su lujo y sus locuras, las cuales se verificaban siempre dentro de la perfecta corrección de buen tono que lo hace todo perdonable. Pero en donde la fama de Santiago Aledo llegaba á su colmo era entre las mujeres alegres, con las que era amable y espléndido de una manera versallesca. En la misma casa de Manolita vivía una de sus antiguas amigas, enferma y retirada ya de la vida galante, que ponía especial empeño en hacerse pasar en el barrio por una dama viuda, distinguida y respetable.

En una de sus escasas visitas, Santiago se cruzó en la portería con la niña, y quedó deslumbrado por el resplandor de aquella cascada de rizos de oro sueltos sobre los hombros, que hacían resaltar la blancura de la garganta y el perfil de virgen florentina. Era un contraste el de aquel delicado cutis de rubia con los ojos tan grandes y tan negros, sombreados de pestañas de azabache. Santiago se enamoró violentamente de la rubita; pero todo cuanto intentó para llegar á ella fué en vano; la solicitud vigilante y maternal de Elvira alejaba todas las acechanzas.

Entonces Santiago recurrió á su antigua amiga, y doña Lola se prestó á servirle en sus amores. Santiago le envió un magnífico piano, y la inconsolable viuda declaró que deseaba aprender música para distraerse. Los porteros de la casa le hablaron de la señorita Elvira, y ésta agradeció llena de alegría que le proporcionaran aquella lección tan próxima y pagada con esplendidez.

Doña Lola supo ir poco á poco ganando la confianza de Elvira. ¡Estaba tan sola, tan abandonada! Hablaba de una hijita que se le había muerto... debía tener la edad de Manolita. Ofreció su piano para que la joven estudiase y la acompañara algunos ratitos.

Se estremecía Manolita al ver ahora la acechanza que se le había tendido. Cómo aquella mujer influyó poco á poco en su ánimo para inducirle á engañar á su hermana y aceptar los amores de Santiago... ¡Aquella tarde en que los dejó solos...! ¡Cuánto Champagne!... ¡Y luego, al despertar, ella estaba en la cama de doña Lola, entre los brazos de Santiago!... Recordaba la escena violenta; le habían querido hacer callar y disimular, pero no habían podido. Se veía tan miserable, tan infamada, que escapó entre gritos y lágrimas para contárselo todo á su hermana. ¡Pobre Elvira! La escuchó muda de estupor.

blanca, paralizada, sin sangre, como si aquella traición suya la hiriese en medio del corazón. Sí, la había herido sin duda. Elvira se murió de aquello, de aquella espina, de aquel dolor, de aquella

de su padre. Estaba realmente enamorado, todo lo enamorado que él podía estar, de la muchacha. Amuebló para ella con gran lujo un magnífico hotel en la Castellana. Elvira no se opuso, daba toda



vergüenza. ¡Quería tanto a su nena! Aquella desdicha era el fracaso de toda su vida, de todo su esfuerzo consagrado á ella. Le parecía que era una impureza que caía sobre sí misma, una profanación de su propia carne. Su furor no había sido para Manolita. ¡La quería demasiado! Sino para el seductor. Elvira hubiera sido capaz de matarlo si Santiago, amedrentado, no le hubiera prometido casarse así que venciera la resistencia

la trascendencia cristiana y social de los tiempos antiguos al acto cometido por su hermana.

—Ya no tienes en el mundo á nadie más que á él—le dijo—sé docil, sé buena para que llegue un día en que puedas ser su mujer y levantar la frente.

Y se quedó sola, sola en aquella casa, ya sin alegría, tal vez sin pen. de la que no quiso mudarse y en la que á los pocos meses expiró, de un

modo tan dulce y tan plácido como había sido su vida, estrechando contra su corazón á la hermanita, y murmurando en su continua obsesión:

—Sé buena...

11

Manolita no podía aún decir qué clase de amor le había inspirado Santiago. Estaba dominada, hipnotizada por él. En su desconocimiento del mundo no se daba cuenta de las humillaciones y las groserías á que la sometía su amante. Era dócil, obediente, persuadida de que ya no tenía en el mundo más que á él, como le había dicho su hermana. Su pasividad agradaba á Santiago, que se sentía orgulloso de la fama de belleza de Manolita: la vestía, la adornaba, la cubría de brillantes como á un ídolo, y la exhibía á su capricho, sin tener jamás en cuenta el gusto de ella, en automóviles y palcos, dichoso de que su lujo y su belleza eclipsaran á todas las mujeres, y de que sus amigos ce la Peña ó el Casino declarasen que la mujer más bonita de Madrid era la amante de Santiago Aledo. A veces ella se quejaba de aquella vida ficticia y ostentosa.

—No estás nunca conmigo un rato para hablar de nuestras cosas—decía.

—¿Quieres que te tome la cuenta de la compra?

—No... pero irnos solos... solos... por el campo... á pie, diciéndome que me quieres mucho...

—Y llenándonos de barro... Eso te parecería mejor que ir en auto á la Castellana... ; Siempre las primeras papillas!... ; El sentimentalismo estúpido!

Su primer disgusto serio había sido un Carnaval. Santiago la había hecho presentarse casi desnuda en el salón del Real, con un caprichoso traje de *Locura* que no ocultaba la perfección de sus formas. Se avergonzaba del éxito ruidoso de su belleza, y rogaba á su amante que la dejara esconderse en el palco. El se reía de buena gana. Al fin accedió. En el palco estaba el Duquesito de Híjar, con una famosa cupletista que le gastaba un dineral y que no podía competir con la belleza de Manolita. Para no desagradar á Santiago, ella tuvo que alternar y fingir que bebía Champagne. A la madrugada, cuando entró en el coche, fué el Duquesito, en lugar de Santiago, el que tomó asiento á su lado. Asustada se asomó á la portezuela llamando á gritos á su amante, y lo vió acomodado al lado de la cupletista, á la que abrazaba por la cintura.

—Sigue, sigue—le dijo él riendo,—en el Hotel Inglés nos encontraremos todos.

Antes de que pudiera insistir arrancó el auto, y Manolita tuvo que defenderse de aquel hombre, apesando á licores, baboso, con la pechera manchada y el sombrero torcido; que intentaba abrazarla. Ella no había bebido; era joven, fuerte, y no le costó gran trabajo reducirlo á la obediencia, con puñetazos y bofetones. En cuanto llegó al Hotel saltó á tierra, corrió á un coche de punto, y sin atender á razones se hizo conducir á su casa, donde pasó la noche presa de un ataque de nervios. Hasta el día siguiente por la tarde no pareció Santiago. Venía alegre, risueño y con las huellas del cansancio del día anterior marcadas en el rostro. Ella lo recibió llorando.

—¿Pero qué tienes? ¿Qué tontería es esa?—preguntó él.

—El miserable!... ; El infame!—balbuceó ella.

—Ah! ; Vamos! Tú todo lo tomas por lo trágico... Lo cierto es, querida, que como jamás consientes en alternar con nadie, me están dando, por culpa tuya, una fama de celoso, imbécil y ridículo... No vi mal ninguno en dejarte anoche con el duque. Eso no tiene importancia... y el pobre entró en el comedor del Hotel de un modo lamentable... derrengado... arañado... ; Eres una fiercecilla!... ja... ja... y lo mejor es que su amiga no ha sido tan severa... ; Qué gracioso!... ja... ja...

Manolita sintió una indignación y un dolor inmensos al ver la frivolidad y la poca estimación de Santiago.

—Vete... vete... yo no quiero verte más...—exclamó furiosa.

El logró calmarla... Vaya una tontería. Esas cosas son corrientes en el mundo. No iban á reñir dos amigos así por cosas de mujeres. Sin importancia.

Manolita protestó. Ella quería ser tratada como esposa. ¿Acaso no había de serlo? ¿No lo había prometido á una muerta? ¿No abusó de su niñez? Todos aquellos recuerdos, y la inocente confianza de la joven, molestaban á Santiago. Si, si, ella era su mujercita, y como desde entonces Manolita se negó á continuar exhibiéndose si él no la acompañaba con todos los respetos, Santiago pretextó ocupaciones y cuidados que los alejaban más cada vez. Se limitaba á cenar con ella y dormir á su lado. Si alguna vez se quejaba, él la dejaba satisfecha con dos palabras:

—¿No eres mi mujercita? ¿Va uno á estar haciendo el tonto en su casa?

Ella pensaba que así debía ser la vida honesta y tranquila de las señoras casadas, y continuaba serenamente cuidando de su casa, como una buena burguesa, para que no le faltase nada al señor, cuyas órdenes se deben acatar sin discutirías.

El nacimiento de un hijo había traído una temporada de luna de miel. Santiago sentía una gran ternura por el pequeñuelo y parecía ir unida á ella un nuevo enamoramiento hacia la madre, bellísima con el aire severo que la maternidad le prestaba. Santiago pasaba los días cerca de ellos, los colmaba de caricias y de regalos. Un día era una cruzecita de brillantes dedicada al niño "A mi hijo de mi alma, su padre, Santiago Akedo", ya un medallón con sus retratos unidos para ella "A mi Manolita, mi única esposa, su Santiago". Cuando no podía ir le escribía cartas llenas de pasión. "Mujercita mía, mi alma está contigo, besa á nuestro hijo por los dos".

Manolita era feliz: sentía á su amante más suyo de lo que había sido antes, y le parecía que su maternidad la elevaba á la categoría de esposa.

La muerte del padre de Santiago vino á trastornar aquella vida feliz. Santiago ya no tenía como única ocupación gastar las rentas de su fortuna: había de administrarla y estaba en la necesidad de trabajar en asuntos que no entendía, oyendo paciente la relación de cosas y examinando las hileras de números que sus empleados le sometían. Aquellos negocios le habían absorbido el tiempo, y poco á poco había ido alejándose de su amante. ¿Qué había podido ocurrir para que un día Santiago se olvidara de ella y de su hijo hasta el punto de casarse con otra mujer?

No podía comprenderlo Manolita. Pero Santiago se había casado. Después de aquellos días de celos, de furor, de luchas y de lágrimas, la joven había tenido que resignarse. Abandonó su hotel y fué á habitar un piso segundo de la calle de Velázquez; redujo sus gastos para vivir con la pensión de mil pesetas mensuales que Santiago le asignaba; pero á los pocos meses la pensión se redujo á la mitad; luego empezó á faltar la puntualidad en el pago, y por último, un día no llegó.

La dignidad de la joven se irritó. Ella se arreglaría para no necesitar de nadie. ¿De qué modo? No lo sabía aún. Lo primero que se le ocurrió como recurso fácil, fué acudir á la casa de "empañeo". Su doncella fué llevando al Monte todas las alhajas; aquellas magníficas alhajas que le había regalado Santiago; y al tercer día en que tuvo que despedir los sirvientes ó ir ella misma á la casa de préstamos á llevar sus cubiertos de plata. ¿Cuánto había sufrido! Los dependientes del prestamista eran unos hombres sucios, groseros, que la miraban á ella casi con igual pro-

caacidad que á los cubiertos como si intentasen hacer su valuación. Se dirigian unos á otros frases de doble sentido, y al fin, después de burlarse de la cuantía de su demanda, le ofrecieron unos duros.

—Tome, joven, y vuelva pronto por aquí á traerme alguna cosita...

Al salir, con las mejillas encendidas, tropezó con un caballero que entraba. Era uno de los amigos de Santiago. El se quitó el sombrero, saludándola:

—Usted por aquí...—le hizo decir la sorpresa.

—Sí, respondió ella, recobrando su aplomo de mujer, sí...; he venido á ver si compraba alguna alhaja... en estas casas se presentan gangas...

Su mano ocultaba la papeleta, á riesgo de borrar la tinta fresca, en el fondo del bolso.

—Lo mismo que yo—afirmó él;—voy á ver si encuentro algún objeto de arte.

Trataba en vano de ocultar un estuche que asomaba del bolsillo.

Aquella aventura hacía reír á Manolita, pasado el tiempo tanto como entonces la azoró. No era posible vivir así. Era preciso trabajar. Pero, ¿cómo? ¿En qué?

La joven no había dejado de tener relaciones con aquella portera de la calle de la Salud, que había sido, como ellas, víctima del engaño de Santiago y doña Lola. La buena mujer había arrojado de la casa á la hipócrita intrigante y no se había separado de Elvira hasta la muerte de la infeliz. Quería y compadecía siempre á Manolita como á la niña inocente de melenitas rubias que alegraba toda la casa. Cuando llegaron para la joven los días dolorosos, la señora Bonifacia no se admiró. Ya esperaba ella aquello. Había visto mucho... Cuando Manolita le expuso su situación apurada, la buena mujer se afligió.

—Pobre señorita... malditos hombres... En los infiernos debía estar la que tiene la culpa... Si la pobre señorita Elvira levantara la cabeza.

Después de desahogarse se limpió los ojos con el revés de la mano, y preguntó:

—¿Qué vamos á hacer?

—Trabajar—respondió la joven con valentía.

—Trabajar, repitió la otra. Eso se dice fácil...; pero ¿usted sabe coser, bordar, tocar el piano, dar lecciones?... ¿No?, ya lo sabía yo...; Usted no sabe de nada, ni sirve para ponerse á servir...

Hubo un silencio. Manolita lloraba tristemente. Al fin, la portera siguió:

—Tiene usted una casa bien amueblada, alquile usted habitaciones... Ingeniándose bien con los huéspedes puede salir adelante... como otras... muy decentemente... y que no le falte nada á Santiaguito ni nadie tenga que decir... cómo le viene de principios... Pobre señorita Elvira... Si levantara la cabeza.

Aquel consejo había sido un rayo de luz. La casa de Manolita era grande, suntuosa; reservándose habitaciones suficientes podía aún alquilar tres departamentos con asistencia, que le darían para cubrir sus gastos. Bien pronto tuvo inquietos: un viejo senador provinciano; una madre y una hija que venían á Madrid á causa de los plei-

tos de una testamentaria, y una respetable viuda de un magistrado.

Manolita estaba casi contenta, pero en algunos momentos sentía la humillación de que aquellas gentes la creyesen una vulgar patrona de casa de huéspedes. En el fondo, ella se consideraba como la viuda de un millonario, y para hacerlo notar no tardó en llegar á las confidencias, provocadas por la curiosidad de sus huéspedes, algo recelosas, de la casa de una joven tan bella y distinguida, cuyo estado civil no estaba bien claro, á pesar de lo irrefrechable de su conducta. Manolita se lo contó todo; las dos señoras estaban conmovidas por su acento sincero.

—Ya ves, ya ves lo que son los hombres, advirtió la madre á la hija; una muchachota de treinta años, tan poco agraciada, que no tenía mucho que temer.

Luego, volviéndose á Manolita, preguntó:

—¿Y usted tiene esas cartas y esas alhajas en la que confiesa que el niño es su hijo?

—¿Pues ya lo creo!

La joven salió á buscar aquellos recuerdos, cuidadosamente conservados.

—¿Pero usted puede obligarlo á reconocer á su hijo y señalarle una renta! Exclamó la señora. Tiene usted el deber de hacerlo; de no dejar sin nombre al niño.

Explicó á Manolita, la cual no tenía la menor idea del derecho, todo lo que debía hacer.

—Pero se necesita una persona que lo entienda—dijo la joven.

—Si usted quiere, yo le presentaré á mi abogado... es un republicano de mucho talento.

Algo asustó á Manolita eso de republicano, que no sabía bien lo que era; pero al día siguiente, cuando el abogado fué á ver á su cliente, ésta la llamó para que le hablara de su asunto y oír su opinión.

#### IV

A Manolita le causó una mala impresión aquel hombre alto, escuálido, con nariz de ave de rapaña y largas melenas lacias, de un negro primigoso, á los lados de un semblante belfudo y demacrado; pero el abogado supo escucharla con tanta dulzura, con tanta atención, con una sonrisa tan enigmática, que no tardó en captarse su confianza.

Cuando le mostró sus pruebas, el abogado exclamó, con entusiasmo.

—¡Bravo! Es un negocio ganado, clarísimo. Este niño tendrá nombre y un capital de cien mil duros.

En este momento apareció la criada con una carta en la mano.

—Tenga la señorita la bondad de firmar el sobre.

Manolita había palidecido. La pensión de su hijo que le enviaba Santiago. Le pareció que cometía una traición con él.

—Después de todo... el pobre cumple cuando puede... no sé si debo...

—Es una locura recibir como un favor aquello á que se tiene derecho. ¿Quién sabe el día de mañana lo que le puede ocurrir! Tiene usted la obligación de velar por su hijo, de asegurarle una fortuna y un nombre. será usted culpable si no lo hace.

Manolita ofreció meditarlo.

Los consejos de sus huéspedes la decidieron al fin. Estaba ante todo su deber de madre.

Fué acompañada de Bonifacia á casa del abogado, una pobre casuca de la calle de Apodaca, con la escalera muy pina y muy sucia.

—Jesús qué asco de casa—murmuró en voz baja la Bonifacia.—hay que arremangarse para entrar. No será ningún Castelar el que vive aquí. Unos ojos negros miraron por la rejilla de la puerta, que volvió á cerrarse en seguida. Les pareció oír dentro risas ahogadas, carreras y ruido de muebles y vajilla que se colocaba apresuradamente en su sitio.

—Están arreglando el recibimiento—exclamó la portera.

Al poco rato abrió la puerta un joven y las pasó al despacho. Un pobre despacho con mesa de pino, librerías compradas en el Rastro y unas sillas de comedor baratas. Allí estaba el abogado, serio y solemne, con su silueta escuálida y sus largas melenas, que acariciaba con la mano huesosa mientras escuchaba á Manolita. Aplaudía su deseo de decidirse á entablar el pleito. Era cosa ganada: el porvenir de su hijo. La joven le preguntó con timidez cuánto le iba á llevar.

—¿Llevar! Nada... nada... Yo defendiendo esto sólo por lo santo de la causa... Una madre... una madre y un hijo abandonados... Yo también tengo hijos... Lo hago sólo por usted. Ya tendrá el buen señor que pagar las costas.

Manolita le entregó sus pruebas...

—Muy bien... muy bien—decía revolviendo en las manos la cruz de brillantes y los papeles... Muy bien... definitivo... Voy á darle recibo de todo esto... lo único que quiero es que usted me prometa no hacer nada sin mi consentimiento... dejarse guiar por mí... el triunfo es seguro.

Cuando salieron de allí, Manolita iba encantada: no tener que depender de nadie; obligar á la esposa de Santiago á reconocer sus derechos de madre. Esto la haría más espesa que ella. Bonifacia no iba tan contenta.

—No me gusta ese buen señor... echaba una peste...

Lo defendió Manolita.

—Acabaría de comer. Tiene mucho talento y



es muy bueno. Doña Josefina y su hija lo conocen mucho.

—Si... no lo dudo—replicó la incorregible portera.—Usted sabrá lo que se hace... yo... vamos, que no me gusta ese tío de los pelos... parece una

llamaban sinvergüenza, arrivista, cínico y osado. cuando el pobre era un luchador, un mártir...

Así lo veía ella. Siempre dulce, melancólico, con su lenguaje reposado, lleno de dichos solemnes, que á Manolita le parecían de sabio, y siem-



bicicleta con un felpudo encima... un pasea huesos.

Le disgustaba á Manolita aquella desconfianza de su amiga. D. Edgardo era una persona decente y de mucho talento. Su huésped, doña Josefina, le había contado su historia: Un santo desconocido. Muy desgraciado en la vida de familia, Calumniado por envidiosos que se fundaban para desacreditarlo en lo avanzado de sus ideas, y le

pre respetuoso y comedido. Más de una vez lo había visto conmovirse hasta las lágrimas acariciando la cabeza rubia de Santiaguito.

—Cúidelo usted, doña Manolita, cúidelo usted... ¡Qué amor de hijos!

Llevaba tan bien el asunto, que no tardaría en triunfar; según sus noticias Santiago estaba desesperado, indignado con ella. El disgusto de Santiago le haría daño. ¡Acaso no debía cesar él

\*

también asegurar la suerte del niño ante aquella mujer intrusa con quien se había casado? Manolita hubiera deseado ver á su antiguo amante, disculpar ante él su conducta, que no la creyera ambiciosa. Ella sabía ser honrada y rechazar la nube de amadores que la seguía con tentadores ofrecimientos. Pero tratándose de su hijo ya era otra cosa. Además, su situación apuraba: el Senador había dejado sus habitaciones, y doña Josefina y su hija pensaban en volverse á su pueblo. Desde que se inició el asunto, Santiago había dejado de pasarle la pensión. Era preciso seguir adelante. Además, el reconocimiento de su hijo era una venganza de la esposa de su ex amante, que no había sido madre. La vengía ante la naturaleza, la humillaba en cierta manera, y hasta le parecía recobrar un rango social asegurando el porvenir de su hijo y creándose una situación semejante á la viudez.

## V

Por eso al recibir la carta anónima se había escapado á sí misma para acudir á aquella cita. No quería más que vindicarse ante Santiago, que no la creyese mala, que no pensase en que era sólo una venganza. Deseaba hacerle ver su derecho, su razón... asociarlo, por decirlo así, á su obra; salvar á su hijo, su Santiaguito; el hijo de los dos...

En las odas de la espera crecía su angustia. De pronto se le ocurrió una idea: "Si D. Edgar-do habría hecho aquello para probar su confianza".

Batió las palmas para llamar al mozo y marcharse en seguida, pero en aquel momento se abrió la puerta, y la figura elegante y negligente de Santiago apareció en ella. Manolita se cubrió la cara con el pañuelo para ocultar su emoción. Cuando la destapó, Santiago estaba sentado frente á ella, y preguntaba galante, como para dar una satisfacción al camarero.

—¿Qué quieres tomar...? Dos cafés... sí, con leche... y una copa de coñac.

Lo miró ella. No era el Santiago de siempre. Estaba pálido, demacrado, con el semblante fatigadísimo y alrededor de los ojos un círculo arrugado, pizarroso é inflado.

Le daba pena verlo así.

Reinó un momento de silencio.

—Lo que haces conmigo es indigno, inicuo:— empezó él.— No puedes tener queja de mí. No

he dejado de pagar ninguna de las mensualidades á... tu hijo. ¿Qué es lo que te propones?

Habló ella nerviosa, balbuciente, para repetir los argumentos con que la habían convencido. Sus deberes de madre, la suerte de su hijo... un nombre.

Se irritó él. Valiente falta hace un nombre... el dinero era lo preciso, y eso nadie se lo negaba.

—Sí—repuso Manolita, irguiéndose con dignidad,—pero yo no quiero que ese niño al que llamas *mi* hijo tenga que mendigar de su padre, y tú tampoco debías quererlo. Es *nuestro* hijo.

—Déjate de músicas—dijo él con gesto despiacente.—Hijo de quien quieras, da lo mismo... ya que yo hice la estupidez de escribirte llamándole hijo mío... hijo tendrá que ser...

—¿Santiago! ¿Puedes tú hablarme así? No recuerdas ya al niño... cuando dormía con nosotros... cuando te llamaba papá...

—Valientes cosas oírás de *su papá* la criatura... Aquello está todo olvidado... la vida manda... es inútil ir contra ella y tratar de resucitar lo pasado.

—Pero si yo no quiero resucitar nada, ni nada para mí—exclamó la infeliz.—Es para mi hijo... para mi hijo que no tiene padre... para quien quiero tu apellido... y tu dinero.

—Y tienes el cinismo de confesarlo.

—¿Cinismo!... ¿No he sido yo tu víctima, tu esclava...? ¿No me has engañado miserablemente...? ¿No me has llamado tu esposa... tu mujer-cita...?

Los sollozos la ahogaban.

—Cálmate; vamos á dar un espectáculo, yo me comprometo en esta entrevista; tú no sabes...

Y bajando la voz le habló de sus contrariedades, de sus luchas, de sus disgustos. La vida había cambiado para él. Su matrimonio no era dichoso; el hogar le resultaba un avispero. Su mujer, dominante, despótica, tomaría por pretexto el pleito que ella suscitaba para lograr incapacitarlo, lo acusaba de adulterio, de sevicia, de prodigalidad... lo anularía... aquello era su ruina.

Manolita se sentía vengada. Vengada por la mujer propia, por la comparación que él se vería obligado á hacer entre el reposo que le ofreció el hogar de amor, y el tormento del hogar legítimo.

—Esa mujer, que no sabe amarte como yo te he amado—exclamó con aire de triunfo,—no debe tener derechos sobre ti. ¿Qué te liga á ella? No tiene hijos... abandónala por su mala conducta... sé feliz en el hogar donde el amor te espera... en tu hogar verdadero... en el que hizo tu corazón... el que Dios bendijo...

Pareció conmoverse Santiago y acarició con la mirada á su antigua amante.

—Esa hubiera sido la felicidad... pero ya es tarde... Si yo hiciera eso me arruinaría...

—Trabajaríamos juntos.

—Bobadas... No he venido aquí para perder el tiempo... bien ó mal... es mi mujer... mi mujer legítima... y el mundo...

Ella rompió á llorar con desconsuelo. No encontraba nada que oponer aquella frase... La legalidad la aplastaba con toda la balumba ficti-

cia de consideraciones sociales que se oponían á la libertad, al amor y á la justicia. ¿La legalidad? Pues bien, en nombre de ella lucharía. Se puso de pie, se limpió las lágrimas y preguntó á su amante:

—¿Para todo eso querías verme?

El le cogió la mano suplicante.

—Oyeme, Manolita: hace un momento, tal vez á pesar tuyo, me hablabas aún de amor... Ten compasión de mí... Desiste de ese pleito... No le faltará la pensión al niño... y si quieres... alguna vez podré verte.

Retiró ella la mano ofendida.

—No... no... Yo no te he hablado de amor... te quiero por compasión... porque me das lástima. Pero lo primero del mundo es mi Santiago... yo no desistiré de esa demanda.

—¿Es tu última palabra?

—Sí...

Dió un paso para alejarse.

—Oyeme, Manuela—suplicó él.—Y si yo te doy el medio de que desistas sin perjudicar á... ese niño?

—¿Cómo?

—Mira. Esos cien mil duros que pide tu abogado son imaginarios. No podrías tenerlos nunca, aunque ganarás el pleito, por la sencilla razón de que mi capital no asciende á tanto...

Se sentía ella aturdida. Volvió á sentarse. El siguió persuasivo:

—En cambio, yo puedo asegurar la suerte de tu hijo.

—¿De qué modo?

—Dándole una cantidad que le garantice el porvenir.

—¿Una limosna!

—No... lo que le pertenece.

Hizo ademán de levantarse de nuevo. El la retuvo.

—Te ruego que me oigas y que me creas. Después de consignar la dote que hice la locura de confesar á mi mujer, y de liquidar mis cuentas del comercio... convencido de que no sirvo para eso... me queda un capital de ochenta mil duros... Quiero obrar honradamente. Manolita... veinte mil duros serán para tu hijo... el resto para vivir yo... lejos de mi mujer... lejos de todos...

—¿Veinte mil duros!

—Sí... es una fortuna, una fortuna envidiable... Sólo te pido que renuncies á la demanda... No te niegues... sé razonable... ten compasión de mí...

Titubeó ella.

—No sé...

—Mira, en esta cartera tienes el dinero, los veinte mil duros... Firmame esto... Toma mi estilográfica.

Miró aturdida los billetes y tomó el papel: "Declaro que mi hijo Santiago no es hijo de Santiago Aledo"... Dió un grito.

—Firmar esto... jamás! Eso sería firmar mi deshonor, mi vergüenza... jamás me lo perdonaría mi hijo...

Se creía deshonrada si su hijo no era de Santiago, tan esposa suya se veía en el fondo, dignificada por su fidelidad.

—No seas tonta, insistió él.

—Es inútil, es inútil...

—Hagamos otra cosa. Escribe "Renuncio á todos los derechos que pueda tener..."

—¿Pero sin decir que no es hijo tuyo?

—Naturalmente, ya que tanto deseas mi paternidad.

—Pero mi hijo no tendrá nombre.

—¿Qué más da! El nombre es el dinero...

—¡Calla!

—Bueno... Conste que tú serás la responsable de lo que pase... el pleito no lo tienes ganado... yo tengo influencias poderosas... te he ofrecido una fortuna... No te quejes ni me recrimines después... Desde este momento como si no nos conociéramos.

—Pero Santiago...

—Nada... aquí tienes veinte mil duros para tu hijo... déjate de historias y romanticismos.

—¡Dame tiempo de pensarlo siquiera hasta mañana, Santiago...!

—¡Ahora!...

—No...

—Decidete.

—Te prometo contestarte mañana mismo.

—Te esperaré aquí á esta hora... ven decidida á lo que haya de ser... y reflexiona bien... luego será tarde.

## VI

En el coche de punto Manolita sollozaba. Le parecía imposible aquella entrevista tan fría con Santiago. ¿Podían olvidarse tantos días de amor, de ilusión, de caricias? Se habían mirado como dos extraños y se habían separado, quizás para siempre, sin una palabra afectuosa.

Lo que más le dolía era su despego para el niño. No comprendía que hubiese podido olvidar todas aquellas gracias inocentes de la criaturita que le tendía los brazos, y que aun antes de poder balbucear su nombre ya volvía los ojos buscándolo con una mirada inteligente y amorosa cuando le preguntaban:

—¿Dónde está papá?

Renegar así de la paternidad era monstruoso. Ella encontraba explicable el olvido de un amor por la sugestión de un amor nuevo, una traición del corazón; pero ni por un momento aceptaba la idea de una traición al amor de los hijos.

Fué á buscar á Bonifacia, y la buena mujer es-

cuchó, sin perder una sílaba, todas sus quejas y sus razones.

—Yo, por pérdida que fuera, no olvidaría nun-

—¿Pero dejará de ser su sangre?—protestó la joven.

—Desengáñese usted, señorita, los hombres no



ca á mi Santiaguito. Daria por él toda mi sangre —decía, llena de indignación, Manolita.

—Sí, pero usted no es padre, usted es madre—respondía, con su lógica acostumbrada, la portera.

—Y usted ha pasado fatigas y se ha puesto á morir por su hijo. A él no le ha costado ningún trabajo. Se lo han enseñado como un muñeco cuá-

quieren como nosotras. A los hijos, si no los manosean no les tienen ley.

—¡Pobre hijo de mi alma!

—Pobre, no. La tiene á usted, y Dios se la conserve. Los hijos no son desgraciados mientras les vive la madre. Lo tengo visto mil veces. Si se muere el hombre, la mujer los cobija á todos bajo el ala como una clueca, y aunque sea como sea

los saca adelante. Pero en cuanto se muere la mujer, el padre deshace la casa y reparte los hijos como pan bendito. Si para querer no hay nadie como nosotras.

—Pero otras mujeres conocen la vida—interrumpió Manolita con desesperación.—sirven para algo, saben defenderse. A mí me han hecho un ser inútil, incapaz para todo.

La portera meditó un momento.

—¿Qué piensa usted hacer?—preguntó.

—No sé... no sé... lo primero es consultar á mi abogado...

—No le saldrá á usted bien nada en que se meta ese tio... Tiene mala pata...

Manolita sonrió del odio de la portera.

—Se le ha metido á usted eso en la cabeza.

—No—protestó ella.—Nunca ha sido santo de mi devoción, pero no hablo á humo de pajas. Me he enterado y me han dicho que es un bandido... un mal hombre... ha abandonado á sus hijos y á su pobre mujer.

—Sabe Dios cómo sería ella. Hay cada señora...—repuso Manolita.

—¿Y cómo iba á ser con ese tipo? No hay quien lo quiera bien...—Insistió la portera.

—Por sus ideas...

—Pero señorita Manolita, si no tiene ideas... es un pica escándalos... ¿Ideas! Pues si es de la policía... me lo han dicho... y...

La joven se levantó disgustada.

—Bien—dijo,—yo he ofrecido no hacer nada sin consultarle... Es inútil todo esto.

—Pues en este caso usted debe ver sus intereses sin consejos de nadie... Bueno fuera.

—Pero mis intereses... ¿Cómo crees que quedarán mejor?

—Con dinero. Es la primera vez que estoy conforme con don Santiago. Más vale pájaro en mano... Eso de los pleitos los gana el que más puede.

—Pero mi hijo se queda sin nombre.

—Es usted bastante joven y guapa para casarse y que no le falte papá al chico... Pues así que hay pocas.

—No digas tonterías... Voy á ver á D. Edgardo.

—Déjeme usted que la acompañe.

—Con la condición de que no te meterás en nada.

—Seré muda como la pared.

A pesar de lo intempestivo de la hora, el abogado no pareció sorprenderse de verlas.

—Me trae usted alguna noticia interesante, lo conozco en su cara—dijo mirando á la joven.

Se instaló gravemente en su silla, tras de la vieja mesa de pino, y con la solemnidad de un magistrado que preside un tribunal, continuó:

—Hable usted. La escucho.

Manolita empezó con timidez á confesar la carta anónima, á disculparse de haber asistido sin avisarle... por temor de que fuera una broma de mal género; por cerciorarse antes.

La interrumpió él.

—No se disculpe... ha faltado usted en parte á lo convenido. Ya veremos. Santiago Aledo ha ido á la cita.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Ha querido que usted retire la demanda... ha tratado de convencerla... le ha contado su triste situación... le ha ofrecido reanudar sus relaciones.

—Sí... pero...

—Ha sido usted débil.

—¿Eso no!

—¿Y qué ha sacado en limpio?

—Después de todo eso... como viera que yo me resistía... me ha ofrecido asegurar la suerte de Santiaguito.

—¿Y usted lo cree!

—Quería entregarme el dinero á cambio de que le firmara un documento.

—Que sería la deshonra de usted y de su hijo.

—Me ha amenazado con que nada conseguiré...

—¿Está fresco...! Yo le aseguro á usted que el pleito lo ganamos... usted puede hacer lo que quiera... Yo me lavo las manos. ¿Qué miseria es la que le ofrece?

—Veinte mil duros.

—Valiente porquería para el señor Abdo... ¿y le quiere á usted hacer creer que eso es una fortuna?

—Sus asuntos van mal...—dijo Manolita.

—Y más vale pájaro en mano—exclamó la Bonifacia sin poderse contener.—Un mal arreglo mejor que un buen pleito.

—Calle usted—interrumpió el abogado.

Se pasó la mano por la melena, chupó su pipa, miró hacia sus cejas, y luego, solemne, dejando caer una á una sus palabras, dijo:

—Están ustedes ofuscadas... Si yo no tuviese un interés especial y noble por esta señorita... porque veo su inocencia y su desgracia me inhibiría del asunto... pero ella... y más que ella su hijo... su hijo abandonado cobardemente por el que le dió el ser... yo también tengo hijos... Ya ven ustedes... Yo en este asunto nada gano... mi desinterés es completo... pero mi deber... deber sacratísimo de hombre honrado... de la toga que visto, es decirle á usted la verdad; hacerle reflexionar.

Las dos mujeres escuchaban medrosas como quien espera una sentencia.

—Esta señora—siguió él, dirigiéndose á Bonifacia.—Ve las cosas como el vulgo... con el interés material del vulgo, para quien el dinero lo es todo... Pero demos por sentado que ese interés material se satisficiera con esa mezquina cantidad... ¿Está usted autorizada ante Dios y ante su conciencia para dejar á su hijo sin padre, Manolita?...

—Yo...—exclamó la joven sin saber qué contestar.

—Es que—tartamudeó la portera.

El abogado sonrió. Eran ya suyas.

—Hay en el mundo—siguió poniéndose de pie, con la voz hueca de los mítins—hay en el mundo algo que vale más que el dinero, que no se cotiza... que no se puede vender ni comprar... que vale más que la misma vida... ¡El honor!

Aquí una pausa y un fuerte golpe en el pecho. Las dos mujeres escuchaban conmovidas y asustadas.

—Usted, Manolita, educará á su hijo, en cumplimiento de su alta misión maternal, para que sea un hombre de provecho, digno, trabajador... un hombre honrado. ¿No es eso?

—¡Claro!—balbuceó la joven.

—Y que no sea un pillo como su padre, y... —murmuró la Bonifacia.

—Bien—siguió él.—En ese anhelo, en esa aspiración, que me la hizo simpática desde el primer día, la reconozco á usted. Usted no puede pensar como el vulgo... Usted no puede querer que el día de mañana su hijo se vea postergado, humillado, que se avergüence de no tener un nombre... que no se le reciba en ninguna parte... que... es muy fuerte lo que voy á decir, señora, ¡que se avergüence de su madre y la maldiga!

—¡Jesús!—Manolita lloraba con desconsuelo.

—Cálmese usted, señorita —decía Bonifacia, tratando de reanimarla.—¡Qué cosas! Pasara lo que pasara, el niño la querría á usted siempre... Pues así que no es buena madre.

—No es para que se aflija usted — siguió el abogado... Yo lamento entristecerla... pero es mi deber... mi deber de hombre honrado... yo también tengo hijos.

Manolita estaba vencida.

—No, no hay que pensar eso—exclamó.—Me da vergüenza de haber dudado... yo estaba loca.

—No... cabeza de mujer...—repuso, evangélico, el abogado.—Hay que hacerles pensar.

—Tiene usted razón...—asintió ella.

—Bueno, pues entonces, niéguese usted en absoluto á todo arreglo... Tenga confianza en mí. Este pleito está ganado, sin dificultad... clarísimo... ¡Veinte mil duros! ¡Quizás no me contento con cien mil! ¿No le dice á usted nada el hecho de que él mismo venga á ofrecerse? ¿Cree que lo hace por cariño? Tiene miedo y sabe lo que le va á costar.

—¿Y qué hacer?

—Nada en absoluto. Usted se deja dirigir por mí con toda confianza.

—Sí, sí...

—No tiene que mezclarse en nada... déjeme hacer y el triunfo es seguro.

—Pero es...—siguió ella con timidez—que Santiago me espera mañana á la tarde en el café de San Sebastián.

—¿A qué hora?

—A las cinco.

—No se preocupe...

—¡Déjalo esperando...!

—Iré yo.

La voz del abogado al pronunciar las últimas palabras era tan autoritaria, que Manolita no se atrevió á insistir.

Cogió la bujía para acompañarla hasta la puerta.

—Dispensen... se me ha descompuesto la luz eléctrica no funciona...

Las dos mujeres no estaban para prestar atención á nada.

—Cuidadito con la escalera—les recomendó...—pienso mudarme de casa... y sobre todo, ánimo... mucho ánimo y mucha prudencia.

En cuanto se cerró la puerta del abogado tras

ellas, salió al pasillo una mujer morena, gorda, sucia y descompuesta.

—Gracias á Dios que te acuerdas de que estoy sin luz. Por poco si acabas de charlar con esas tías... ¡Tantas lagrimitas! Ya iba yo á echar por medio...

—Calla, calla, tontina—exclamó él.—Esa rubia nos ha traído la buena suerte.

—¿Te ha traído dinero?

—No...

—Pues bien podías habérselo pedido...

—Buen disparate.

—¿Tienes para cenar esta noche?

—Vístete y vamos á darnos un beneficio.

—¡Vístete! ¡Vístete...! Si sabes que he empeñado ya hasta la última blusa... contigo...

—Entonces salgo yo y lo mando traer... Langostinos... Champagne... ¿Me vas á querer mucho, nena?

—¿Tienes dinero?

—Hoy no... pero lo voy á tener mañana...

—¿Has ganado el pleito de la rubia?

—Un buen abogado puede medrar tanto sabiendo ganar pleitos como sabiendo perderlos.

Volvió á sentir un escatofrio de temor y repugnancia al pisar de nuevo el pavimento de aquella "Casa de Canónigos" en la que tanto había sufrido durante los crueles días de la prueba de su pleito hasta la notificación de la sentencia.

Sentía un ambiente de frío, de humedad, de algo desolado y amenazador en aquellos largos pasillos, entre el ir y venir de las gentes que pasaban casi siempre apresuradas, con un aspecto receloso, hablando en voz baja, como si todos estuviesen atemorizados y la casa de la Ley no fuese la casa de la Justicia.

Se arrimó paciente á la pared como todos aquellos individuos que hacían sus largas esperas, viendo pasar apresurados á los dependientes de las escribanías con los legajos de papel sellado bajo el brazo, y la mirada alta y perdida, como si no quisieran ver ni oír lo que pasaba á su alrededor. Del mismo modo pasaban los jueces, revestidos de togas, tocados de birretes, con su aspecto de incomunicatividad de todo, y un aire fosco. Unos señores atrabiliarios y secos, que en nada recuerdan á la plácida Temis, y que no son-

rien jamás y se apartan de las pasiones humanas que tienen que comprender y juzgar; las pasiones en las que está la ley verdadera.

Los abogados y procuradores se distinguían por su aire de aplomo y lo familiar que les era el andar por aquel laberinto é introducirse en los despachos de los jueces, acompañados de clientes, casi siempre vacilantes y asustados.

comunicaba á todos, como si estuvieran unidos por una suerte común con la victoria ó la pérdida de algún incidente, ó por una sentencia favorable ó adversa. Pero ni aun así se acababan los pleitos jamás. Se alargaban en años y apelaciones. La muerte era el Tribunal Supremo, al que parecían esperar todos los pleitos.

A Manolita la impresionaban todos aquellos



De las salas en que se celebraban juicios llegaban hasta ella ruido de voces, acalladas por campanillazos. Más de una vez veía salir personas de aire amenazador, que se las juraban á jueces y abogados.

Ella había hecho amistades con algunos de los litigantes, que frecuentaban los juzgados, á fuerza de encontrarse allí con ellos todos los días. Todos tenían pleitos que siempre parecían próximos á terminarse y no se acababan nunca. Cuando se reunían unos con otros, la conversación resultaba una serie no interrumpida de monólogos. Cada uno hablaba del asunto que le preocupaba, sin fijarse en que no lo atendían los demás.

Tenían días de alegría y de desaliento, que se

asuntos. Eran la representación, el clamor de una serie de injusticias que no siempre podían tener reparación. La ley, como un espíritu muerto é inflexible, no podía amoldarse á juzgar en cada caso distinto. No bastaba el convencimiento, la verdad, la evidencia de las cosas; se necesitaba la prueba. Veía que los jueces tenían que sentenciar contra su conciencia, si ésta y los textos legales se hallaban en desacuerdo, y veía cómo muchas veces la ley no era más que la legalizadora de lo injusto.

Sobre todo, le daba miedo aquel espectáculo teatral de la administración de la justicia. Aquellos hombres, armados del poder de juzgar, que podían dictar fallos inapelables. ¿Por qué no se

inclinaban siempre á la benevolencia? No comprendía que nadie aceptase los papeles de Fiscal y de Acusador.

Ella había concebido la abogacía y la magistratura en general como el más alto ministerio. No comprendía que el abogado vendiese su talento para encargarse de toda clase de asuntos. No comprendía al abogado defensor de malas causas, patrocinador de injusticias, buscador de sofismas y subterfugios; y no comprendía tampoco al abogado acusador ensañándose en aumentar la culpa y la responsabilidad de infelices reos vencidos. Para ella, el ministerio del togado debía ser de verdadera justicia, de verdadera paz: de amor.

Le parecía tan fácil deshacer la mayoría de los pleitos con una poca de buena voluntad. No eran los abogados los que sustentaban todo aquel mecanismo, aquel engranaje, aquel mundo aparte fatigante, oscuro, donde se movían los curiales y en el que ella misma se acostumbraba á vivir.

—Si no hubiera abogados no habría pleitos, había dicho un día un comerciante en la antesala de Edgardo, en un arranque de desesperación al verse envuelto en el pleito de mala fe que, escuchado en el beneficio de pobreza, le suscitaba un enemigo suyo.—La razón y la verdad no prevalecen siempre; y, además, el día en que se prueba que yo tenía razón, ¿quién me indemniza de gastos y molestias, qué pena tendrá mi acusador? Se quedará riendo. Nada de esto ocurriría sin los dichosos abogados.

—Pero si no fuera por ellos, ¿cómo pediríamos justicia? Había respondido un prestamista que exigía el pago de una escritura, en la que el prestatario había reconocido el doble de la cantidad que le entregaron.

La duda quedaba en pie en su ánimo. Aquella duda que la martirizaba, porque veía todo su porvenir y el de su hijo en las manos del abogado.

Un día había temblado de alegría, de entusiasmo, de confianza: Fué aquel día en que D. Edgardo arrancó un reo al verdugo actuando como defensor en una causa de pena de muerte. Ella lo había encontrado sublime, á pesar de su aspecto grotesco y de sus melenas de betún, de verlo vencedor de aquel implacable fiscal que se le aparecía como el representante de todas las venganzas y de todas las pasiones mezquinas.

Pero á los pocos días, el mismo D. Edgardo pedía la pena de muerte, agitando su toga con cierto aire torero, para otros dos infelices, y lo graba su condena. ¿Dónde estaban sus argumentos de los días anteriores contra aquella última pena; dónde sus palabras piadosas, su comprensibilidad de apóstol?

—He tenido que cumplir un deber cruel, ineludible—dijo aquel día D. Edgardo á los clientes que lo esperaban en la antesala, como si deseara disculpase.—Pero la sentencia no se cumplirá, se cuenta con influencias para conseguir el indulto. Al que tiene influencias no lo ahorcan.

Aquellas palabras le habían hecho daño á Manolita. ¿Influencias! Recordaba que Santiago, en aquella inolvidable entrevista del café, le había hablado de influencias para ganar el pleito, y ella no había hecho caso. Ahora, aleccionada por el

tiempo, sabía darle su valor á aquellas palabras: *influencias, recomendaciones*. Las influencias tenían valor para burlarse del más terrible fallo, para anular las cosas juzgadas, para establecer aquella desigualdad irritante hasta entre los sentenciados á muerte, empujando sólo hacia el verdugo á los desheredados que no contaban con el poderoso resorte de las influencias. ¿No sería mejor que no existiese el indulto si sólo había de emplearse como satisfacción de influencias? La ley sólo podía establecer la igualdad.

Todas aquellas cosas en que no había pensado nunca la inquietaban ahora, la hacían reflexionar, la inducían á un nuevo orden de ideas en aquel mundo en que su desgracia le había hecho penetrar. No tenía en él más salvaguardia que la buena fe de D. Edgardo. Su existencia se agotaba en aquella lucha de temores y de desconfianza, tan infundada unos días como la loca esperanza de los otros días. La fiebre, la preocupación del pleito la ganaba. Iba poco á poco entendiendo en aquel dedalo de trámites y disposiciones, sin llegar nunca á ver con claridad lo que era tan claro. ¿No estaba en el ánimo de todos la verdad de su demanda? ¿Cómo se podía tardar tanto tiempo para hacerle justicia?

Manolita no se explicaba cómo D. Edgardo, que con tanto aplomo hablaba de su valer y de sus influencias, no había ya ganado aquel pleito tan sencillo y tan justo.

Porque durante aquel tiempo D. Edgardo había prosperado. No vivía ya en la vieja casaca de Apodaca, sino en un elegante piso de la calle del General Castaños; iba lujosamente vestido, aunque sin abandonar el sombrero chulo y la capa, que, con la pipa y la melena, le daban un aire especial de avechicho, de gavilán, que le servía como un sello original para hacerse distinguir.

Se había metido en política con gran audacia, y su nombre se oía siempre en todas las causas de resonancia y de escándalo. Entre tanto, la pobre joven estaba cada día peor. Sus huéspedes se habían marchado uno á uno, tuvo que mudarse de casa, y los recursos se hacían más escasos y difíciles.

El abogado tenía para ella siempre palabras de consuelo y de esperanza. “El asunto estaba ganado, era clarísimo, seguro...” “pendiente de sentencia nada más” “y bien recomendado”.

Ella acudía ansiosa al bufete de D. Edgardo todos los días; al principio la recibía á cualquier hora; luego le marcó las horas de consulta para verlo. Tenía demasiadas ocupaciones que le quitaban el tiempo, y Manolita tenía que hacer largas antesalas entre todos los clientes que iban pasando al despacho por número de orden, en aquella habitación pretenciosa y cursi, de muebles de laca verde, focos de luz eléctrica en los cuatro ángulos del techo y decorada con flores y reproducciones de la Venus de Milo y de un moro y una mora de opereta. Allí dormitaban ó cuchicheaban los clientes entre sí. Los había que entonaban cantos laudatorios en honor de su abogado.

—Qué hombre tan audaz, tan valiente, no le teme á nada... Se encarga de todos los asuntos



dificiles... ha conseguido muchos indultos... Una providencia de los pobres... Los gobiernos le temen y en palacio...

Otros eran recelosos y antargaban el goce de Manolita al escuchar aquellos elogios que le daban confianza.

—Esto se prolonga mucho—decían.—Este hombre no se presenta claro; por ahí dicen que es un bribón que aprovecha esas ocasiones de defender ruidosamente las causas de resonancia para luego explotar á los pobres desconocidos que caen en sus manos.

La más celosa defensora del abogado era doña Encarna, una viuda aficionada á pleitos que tenía el sport de estar siempre mezclada en asuntos judiciales. La pobre señora creía que era de distinción y de buen tono hablar siempre de su abogado, su procurador y sus asuntos, en los cuales hallaba disculpa para andar continuamente á la busca de recomendaciones y de visitas á todos los hombres políticos, cuyos nombres manejaba después familiarmente en la conversación. “Me ha asegurado Barroso”. “Se ha reído tanto Juanito Navarro”.

Una de las manías de doña Encarna era la de cambiar de abogado. Había corrido ya todos los bufetes de Madrid. Sus relaciones con los abogados tenían siempre para ella algo de luna de miel, según se entusiasmaba con ellos, los colmaba de atenciones y de regalos, escuchaba sus palabras con enamoramiento y solía exclamar, quitándose los quevedos de oro para limpiarlos una lágrima imaginaria, que debía empañarlos:

—Lo abrazaría, besaría por donde pisa.

Pero al poco tiempo doña Encarna empezaba á encontrar cara la minuta y á correr en pos de un nuevo abogado: fiel siempre á su manía de pica-pleitos.

Obligada á esperar en la antesala, gustaba de hacer conocer á todos su importancia de viuda jamona y rica, dándose aires de señora distinguida, aunque su difunto, un viejo lividísimo y chulo, se casó con ella después de haberla tenido varios años de criada. Con frecuencia la acompañaban sus hijas, unas jovencitas pálidas, de ojeras hundidas, escandalosamente pintadas, con las que competía en gracia y frescura la buena de doña Encarna, que manejaba su coquetería de un modo á propósito para escuchar con frecuencia la lisonjera frase de adulación:

—¡ Si parecen hermanas! ”

Desde un principio doña Encarna manifestó una marcada antipatía á Manolita.

—Estas mujeres perdidas que tienen un hijo no se sabe de quién, no debían alternar con las personas decentes—decía por lo bajo á sus acompañantes.—Es lástima que D. Edgardo se demerite tanto.

Ella es verdad que no había sido siempre un modelo de virtud, pero no venía del arroyo, era de familia distinguida, y después de la muerte de su marido sus amigos fueron siempre generales y aristócratas.

Manolita tenía demasiado talento para no conocer el mercado desdén y los desaires y humilla-

ciones que trataba de infligirle aquella mujer cada día que se encontraban.

La viuda, celosa é irritada de la belleza y la distinción de la joven, se permitía puyas y alusiones de mal gusto; sobre todo los días que iba acompañada de su hijo. Un jovencito larguirucho y anémico, que repetía cuanto hablaba su mamá.

—Hace un calor sofocante—decía doña Encarna agitando la gorda mano ensortijada.

Y el hijo respondía como un eco:

—Hace un calor sofocante.

—Estas antesalas son horribles—afirmaba otro día la señora;—mi marido no podía soportarlas.

—Estas antesalas son horribles—repetía el hijo;—mi marido... digo... no... mi padre no podía soportarlas.

Sin embargo, cuando la agresividad de la madre se dirigía á Manolita, el muchacho se quedaba mudo. Tal vez aquella falta de su ecc era lo que, sin darse cuenta, irritaba más á la vuda.

Un día al entrar Manolita estaban todas las sillas ocupadas, y el muchacho, por un impulso natural, se levantó para dejarle su sitio, cercano á la madre.

Esto hizo estallar el furor de doña Encarna.

—Vámonos, dijo levantándose iracunda, ya vendremos otro día ó buscaremos otro abogado. Hay cosas que no se pueden sufrir.

El desaire era tan directo, que Manolita no se pudo contener.

—Vaya con la vieja lechuza—dijo,—Si se habrá creído que yo iba á tomar el sitio de su *paquetito*.

El mote aplicado á aquel *niño-cosa* era tan gráfico, que todos los asistentes prorumpieron en una carcajada.

La viuda se volvió colérica; hizo un ademán de mujer del pueblo que va á lanzarse para coger del moño á su rival; pero su rostro enrojeció hasta congestionarse y se dejó caer en los brazos de su *paquete* que, como no había oído la voz materna, no sabía qué decir.

Don Edgardo salió asustado de su despacho.

—¿Qué sucede, qué pasa?

—¡A mí! ¡A mí! ¡A la viuda de D. Juan Pedro de Zapata! ¡Llamarme lechuza vieja!—exclamaba doña Encarna entre un hipar histérico.—No volveré jamás á esta casa.

Todos los concurrentes se habían reunido en torno de la accidentada. Todos le daban la razón. La señora se marchaba, no había ofendido en nada, cuando Manolita, sin saber por qué le había lanzado aquel insulto. Era en vano que la joven quisiera sincerarse, hacerse oír. Su acusador más encarnizado era aquel usurero que todas las semanas traía un nuevo negocio á D. Edgardo. Sin duda le unía á doña Encarna su común manía de perpetuos litigantes. Fue preciso rogar á Manolita que se marchase para lograr tranquilizar á la dama.

—¡Llamarme á mí lechuza, en su casa—decía ella encerrándose con D. Edgardo.

—Llamarme... digo llamarla... lechuz—repetía el jovencito.

Cuando á los pocos días volvió la joven á ver á D. Edgardo, éste le dijo severamente:

—Me ha quitado usted una de mis mejores clientas con su imprudencia, doña Manolita.

Y como la joven quisiera oír sus excusas, la atajó diciendo:

—No me importa...pero esto es un defecto de ese sistema que tienen ustedes de venir con tanta

cosa mía... Pero en bien de todos, en el suyo propio, yo necesito descansar... pensar. Es una medida general esto.

Como si se arrepintiese de una ligereza y quisiese mitigar el efecto de su brusquedad anterior le habló de su pleito, de su esperanza de un re-



frecuencia á molestarlos. Se creen ustedes que el abogado que se encarga de un asunto, es un criado al que todos los días pueden pedirle cuenta ó hallan cómodo venir á pasar el rato en la antecámara. Cada visita que se me haga, de hoy en adelante, figurará en mi minuta.

La joven estaba avergonzada, confusa.

—Yo... usted...—acertó á balbucear.

—No, no lo digo por usted, rectificó amable don Edgardo; entre nosotros no hay que hablar de minutas ni de nada. Sabe usted cuánto es mi estimación, y mi interés. Su asunto es como una

suitado próximo, del estado de las actuaciones, y acabó rogándole muy amablemente que no se molestase en ir á verlo con tanta frecuencia. La llamaría él oportunamente... las cosas tienen sus trámites y era preciso esperar.

¿Y el pleito no se acababa nunca! Todo se volvían plazos legales, dilaciones, recuerdos de los abogados de ambas partes para dilatarlo aún más. Nunca había podido explicarse el por qué de la irritación del juez con su abogado el día que ella declaró. Había repetido ella la lección que D. Edgardo le hiciera aprender para contestar á las

preguntas, y el juez la había interrumpido exclamando:

—Es indigno esto... esta niña no dice la verdad... camina á su perdición... yo no puedo consentir declaraciones semejantes...

Y su abogado gritó también... Luego le dijo que el juez quería perderla, que era un amigo de Santiago. A ella le quedó una duda vaga, confusa; aterrorizada por aquella escena, no se había dado clara cuenta de algo que le hacía desconfiar de su defensor. Tal vez las influencias de Bonifacia en su ánimo.

Lo cierto fué que no volvió á ver más á aquel juez; otro se encargó de su asunto. ¿Por qué? No lo sabía. Y así siguió pasando el tiempo, un tiempo en el que la pobre niña veía agotarse todos sus recursos y avanzar cada vez más implacable el hambre y la miseria.

Al fin, un día recibió un elegante B. L. P. de D. Edgardo citándola en su despacho.

La joven acudió llena de timidez y de ansiedad. El abogado tenía un aire más grave que de costumbre.

—Tengo una mala noticia que darle—le dijo,— y como viera que la joven se imutaba y palidecía añadió:—No se asuste... Es una cosa corriente... esperada... Hemos perdido el pleito en Primera Instancia... pero eso no significaba nada... Apelaremos... El asunto es clarísimo, seguro... No se inquiete... Cuestión de tiempo...

¿Cuestión de tiempo! Sin duda aquel hombre no sabía lo que era el tiempo para ella, que carecía de todo recurso. Rompió á llorar convulsivamente, y el abogado se impacientó.

—No hay motivo para eso... es un incidente natural. Apelaremos... esté tranquila...

Pero como la joven no cesaba en su llanto, se levantó, y conduciéndola hacia otra puerta interior le dijo:

—No sea niña, no se apure sin motivo... salga por aquí que no la vean en ese estado...

Maquinalmente cruzó un salón lleno de muebles dorados y de grandes espejos, un comedor, una cocina... y se encontró en la escalera de servicio. Entonces recordó las gentes que durante sus largas antecelas no había visto salir del despacho del abogado, y que no le habían llamado la atención. Aquellas eran las que habían perdido sus pleitos, las que salían llorando como ella. Las que no había de ver la clientela que esperaba sus fallos, con esa impaciencia nerviosa, que produce la marcha de esos lentos é impenetrables asuntos judiciales, de los que jamás se sabe nada cierto ni concreto.

Cuando la desesperación la hacía ir de nuevo en busca de D. Edgardo, era siempre el criado el que le decía que no estaba, ó aquella señorona gorda y ostentosa que vivía con él la que le contestaba secamente que ella le recordaría el asunto. Por eso Manolita había tomado el partido de abordarlo en la misma "Casa de Canónigos", y esperaba abatida y triste, entre aquella multitud que se encuentra envuelta en los asuntos judiciales; la mayor parte de las veces involuntariamente, como si en torno de ella se hubiera tejido una sutil tela de araña.

## VIII

—Don Edgardo, don Edgardo...—exclamó la joven al ver la desgarbada y grotesca silueta del abogado aparecer al extremo del pasillo.

Él continuó su camino sin aparentar orla.

—Don Edgardo...

Corrió tras él. Entonces el abogado se detuvo, se volvió un momento y sin saludarla dijo:

—No puedo... no puedo detenerme.

Y desapareció con rápidas zancadas, como volando con las alas del sombrero "murciélago".

Se quedó ella desconcertada, avergonzada. ¿No tenía derecho á que aquel hombre la oyera?

Por el mismo sitio donde había aparecido el abogado surgió una figura de mujer que marchaba apresurada, como si fuese en su persecución. Manolita la reconoció. Era doña Rosalía, una de las clientes de Edgardo; una señora viuda que pretendía obtener reparación del seductor de su hija, una niña de trece años.

Doña Rosalía venía sofocada, aplopéctica, deshecha en llanto.

—¡Pillo, granuja, se me ha escapado ese bandido!

Un nñier acudió.

—A la calle, á la calle... Aquí no se quieren gritos ni lágrimas.

Manolita se acercó á la pobre mujer tratando de calmarla y la condujo hacia la puerta.

—¿Qué le pasa?—preguntó solícita.

—Ése pillo, ese pillo...—repetía doña Rosalía, sin poder apenas articular palabra, me ha vendido miserablemente, mi pobre hija... perdíla para siempre... ese miserable... se ha vendido... se ha vendido del modo más vil... ha transigido... ha tomado dinero... nos ha hecho firmar infamias... Hemos perdido el pleito.

Y después del acceso de rabia, la pobre mujer repetía en un acceso de furor:

—Lo perseguiré... lo perseguiré por todas partes... le juro que me la ha de pagar.

Manolita estaba anonadada. Se confirmaban las sospechas que no había querido tener. Era cierto que aquel hombre era un canalla, y esta convicción le robaba su última esperanza.

—Procure usted que no la engañe también ese pillo, librese de él...—decía doña Rosalía, y entre lágrimas empezó á revelar á la joven todas las canalladas de aquel hombre que vendía á sus clientes y deshonoraba su profesión.

—Por eso ha salido de la miseria, por eso es personaje—le aseguraba.—Un intrigante, un bandido... se empuerca en todas las malas causas.

Ahora le dan dos duros todos los días en el Centro de Hijos de la Patria porque ha conseguido que permitan el juego... Pero yo se lo diré á los periódicos... para que lo publiquen... daré pruebas... Le juro que me las ha de pagar... El muy hipócrita que tanto habla de sus hijos y los tiene abandonados para vivir con esa pelafustrana. Es lo mismo que cuando habla de liberalismo y es el mejor espía secreto que tiene el Gobierno... Un Judas...

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer?—murmuraba Manolita aturdida.

—Busque otro abogado, busque otro abogado y no se deje engañar.—Recomendó doña Rosalía despidiéndose. — ¡Si fuéramos más cautas!... ¡Cuánto daño puede hacer un mal abogado... más que un mal sacerdote!

## IX

El buen magistrado miraba dolorosamente á Manolita

—Me he informado bien de su asunto hija mía...—le dijo apenas tomó asiento.—No he pensado en otra cosa desde que usted me lo ha confiado; pero desdichadamente es tarde, ha sido usted víctima de esos canallas... Ha caído usted en malas manos. El tal D. Edgardo es un vividor... No consintió en que usted transigiera y transigió él. Santiago Aledo le entregó los veinte mil duros para que perdiera el pleito.

Manolita lloraba.

—Dios mío, ¿qué va á ser de mí? A ese hombre deben ahorcarlo ó no hay justicia en la tierra.

—Es que muchos crímenes quedan impunes... La ley no es la justicia y los hombres que interpretamos las leyes no podemos tener pretensiones de más alto sacerdocio... la justicia es superior á nosotros... Pero al menos, ya que se habla en su nombre se debía tener buena voluntad... exigir garantías á los que intervienen en nuestro magisterio. Los antiguos eran más sabios al exigir que los magistrados fueran todos sexagenarios... y yo iría aún más lejos: todos los abogados tendrían que ser ricos, instruidos, morales... y los jueces serían de los dos sexos, á la edad en que todos son de uno mismo... y no fallarían más que juntos siempre.

Pero Manolita no escuchaba la utopía del buen viejo.

—De modo que la culpa de mi desgracia es sólo debida al abogado.

—Sí... Un hombre hambriento, ambicioso, sin

conciencia, y que tiene bastante hipocresía para engañar á unos y bastante audacia para hacerse temer de otros.

—El me decía que la culpa de todo la tiene el cambio de juez.

—Pues no le hubieran ido tan bien las cosas de continuar el mismo... Cuando le tomó declaración á usted comprendió lo que sucedía... El hubiera sido el mejor defensor de usted... pero lo destituyeron de su cargo á las veinticuatro horas de haber aceptado una denuncia por estafa contra una dama aristocrática.

—¿Es posible todo eso!...

—¡Tanto!... Esa fué la desgracia de usted.

—Pero al menos podremos apelar, ¿verdad? —exclamó la joven ansiosamente.

—Es tarde para apelar, hija mía. La picardía de D. Edgardo consiste principalmente en eso. Ha sabido arreglárselas para que usted no desconfíe hasta pasado el plazo legal, y ya no hay remedio posible.

La joven lloraba con desconsuelo.

—¿Qué va á ser de mí, Dios mío? He agotado todos mis recursos, no tengo por dónde echarme... Yo no tengo calma para ver á mi hijo con hambre.

—¡Cálmese usted, señorita... Dicen que Dios aprieta, pero que no ahoga.

—¿Es que á mí me aprieta tanto!

—Es usted joven, podrá trabajar.

—¡Trabajar!—repitió Manolita con amargura. Yo no sirvo para nada. He ido empeñando... mal vendiendo cuanto tenía... siempre con la esperanza en el pleito... Ya no me queda nada, ni sábanas, ni ropa... ni muebles... Yo no sé hacer nada... ni bordar... ni coser... Y yo no quiero ver á mi hijo con hambre.

—¿Por qué no recurre usted á su padre en estas circunstancias? Tal vez su corazón no sea tan negro y...

—Será inútil.

El Magistrado la miraba dolorosamente, sentía simpatía hacia aquella noble naturaleza, tan cruelmente combatida, y víctima de engaños y maldades; pero su compasión, de hombre familiarizado con el dolor, era puramente platónica. Manolita escuchó de sus labios consuelos y consejos; recomendaciones para que no se desesperase; y le muletilla de la fe y la confianza, puesto que Dios no desampara á las aves del cielo y los lirios del campo, que no siegan ni siembran.

## X

Al encontrarse casi inaquinalmente en la calle, Manolita se detuvo desconcertada, indecisa. Ma-

drid parecía respirar á pleno pulmón después de aquel día cálido, asfixiante, de un sol que requemaba las calles, mustiaba los árboles, con el frescor de la noche, en uno de sus bruscos cambios de clima. Ahora, la brisa fresca y ligera le hacía sentir una sensación de abanico sobre el rostro, y le dilataba el pecho en un bienestar placido y agradable.

La gente salía á la calle para disfrutar aquel frescor benéfico. Los que vivían en interiores sacaban las sillas á las aceras y formaban animados corros sin preocuparse de interrumpir la circulación. Todos los cafetines al aire libre estaban llenos de parroquia nos, y las voces alegres de las chicas las cantaban sus corros entre el estruendo de coches y tranvías.

Aquella alegría le causaba como una especie de dolor egoísta. Era la primera vez que experimentaba la envidia ante el espectáculo pintoresco y típico, privativo de las noches de Madrid, contemplando la multitud abigarrada, en la que se mezclaban toda clase de gentes,

con los trajes más diversos, alegres, charlatanes, gesticulantes, poniendo en la calle algo de oía de carnaval.

Manolita marchaba entre todos aquellos grupos que hablaban alto y reían con la despreocupación de los otros que hace resaltar el individualismo español, y á veces un píropo importuno y procaz venía á darle la sensación de la realidad. Una realidad triste.

La habían desmoralizado, la habían corrompido todos aquellos años de litigante, mezclada á todas aquellas gentes maleantes que rodaban por los juzgados para legitimar injusticias.

Veía ahora que ella había hozado en el fango enterándose de todas aquellas miserias que iban

poco á poco contaminándola, familiarizándola con ellas, envolviéndola en su hipocresía.

—Todos somos algo ladrones, aunque no hayamos robado nunca—le había dicho una tarde un empleado de seis mil reales, demandado por deudas.—Todos toleramos el robo, nos prestamos á que se verifique, y le damos la mano al ladrón y al prestamista.

—Ha hecho usted mal en ofender á la señora de Zapata—le había advertido otra amiga.—Aunque todos sabemos la verdad que hay en el fondo, en la apariencia no se puede decir nada de ella.

Aquellas lecciones de cinismo, de hipocresía habían labrado en su espíritu. Había perdido la pureza, la inocencia, la buena fe nativa y que tan seria rugambre habían venido en ella.

Parecía que toda su fe se había desvanecido con su creencia en la santidad de la justicia. Estaba tan abandonada, tan perdida, tan sin un refugio moral dentro de sí misma que experimentaba temor de su propia transformación.

Sentía miedo de llegar á su casa, de encontrarse sola en aquel desuanelado cuarto interior donde ya hacía varias noches que encendía la luz gracias á la caridad de la buena Bonifacia. Aquello no podía durar. Hacía un balance de sus propios medios de defensa, y el resultado era negativo: ni trabajo manual, que no sabía desempeñar, ni cultura suficiente para un puesto de empleada en algún comercio ó en alguna industria. Su situación social, equívoca, le cerraba todas las puertas, su misma belleza era un enemigo: ni doncella, ni señorita de compañía... se la miraba con recelo en todas partes. Lo sucedido con doña Encarna no le dejaba lugar á dudas. Aquella mujer vulgar tenía muchas ediciones de su mismo tipo.



Comprendía que ella había gastado su vida y no podía ya aspirar á la independencia que sólo se obtiene con una larga preparación ó con una gran fortuna, y sentía la sensación de su miseria, de su abandono, en aquella alegre noche de fiesta veraniega, atravesando la parte más céntrica de Madrid oyendo los piropos de los pisaverdes y techugüinos que parecen tener la misión de molestar á todas las mujeres con sus fantochadas.

Involuntariamente el coro de elogios le hacía recordar su belleza... y hasta se indignaba de su belleza... Una belleza inútil, que no había bastado para hacerla amada y feliz, á pesar de su gran bondad y de su inmerecida desgracia. Ella tenía el concepto de su propia dignidad, que había defendido celosa, de todos sus cortejadores... Pero, ¿no habría entre todos los que la solicitaban, alguno que la amase de veras? Recordaba la constancia de unos, el respeto romántico de otros; los ofrecimientos espléndidos que la indignaron.

Le parecía que había sido exagerada en los escrúpulos inculcados en su ánimo por su hermana. ¿Si su hermana levantara la cabeza!, como decía la Bonifacia... Y ¿quién sabe lo que su hermana hubiera hecho de verla á ella con hambre... El camino del cielo es tan estrecho, que sólo van por él los que no encuentran la carretera.

Entre sus pretendientes los había que podrían darle el bienestar perdido con Santiago Alledo... Acaso la amarían más que él... Se entreabrían sus labios en una sonrisa de esperanza... aquellos hombres que le repugnaban como logreros que iban á abusar de su desgracia, le parecían ahora menos negros. Sin ella darse cuenta la había desmoralizado la acción ruin del abogado aquél que había marchitado su buena fe, sus creencias más arraigadas. Ante su negrura, todo lo demás le parecía menos negro, explicable, lógico.

Porque hay cosas que desmoralizan la vida de una mujer más que el pecado del amor.

FIN

*Carmen de Burgos*  
*"Colombine"*

El viernes 9 se publicará el

## PLEITO SOBRE UN MATRIMONIO

(Que defendió muy mal Felipe II y ganó muy bien el Duque de Alba)

por DIEGO SAN JOSÉ

IMPRESA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO"

ERRAZ, 82, MADRID

# COLD CREAM

pecaa, granitos, barros, escozores, ardores, escoriaciones, quemaduras, cortaduras, herpes, costras, grietas de los labios, del peón, erisipelas, en Farmacia de Torres Muñoz, San Marco 11, Madrid.

VIRGINAL A LA GLICERINA. — El mejor cosmético que pueden usar las señoras. Tiene indicaciones bien precisas para curar las irritaciones, manchas de la cara.

Indices y tapas para encuadernar el tomo XXXI de **ALREDEDOR DEL MUNDO**

## J. TANENNBAUM

Representante con depósito de la acreditada fábrica de Alemania de E. T. Gleitsman. — Dresden Tintas y colores, barnices. Pasta para rodillos.

CARMEN, NÚM. 24.

## LOS CONTEMPORÁNEOS

tiene establecido en Barcelona un centro en el «kiosco Colón», plaza de Cataluña, frente al Paseo de Gracia.

**APARATOS  
Y  
DISCOS  
MARCA:**

**"Gramophone"**



Palabra y Marca Registradas

Aparatos "GRAMPHONE" con ó sin bocina, desde 110 á 1.300 pesetas.

**LOS APARATOS QUE NO TENGAN ESTA MARCA NO SON VERDADEROS GRAMPHONE, ÉSTOS SOLO LOS VENDE**

**UREÑA**

**En Madrid: PRIM, 1**

CATÁLOGOS GRATIS

## LA ORTOPEDIA MODERNA

CESAREO ALONSO

Ortopédico del Instituto Rubio, premiado en varias Exposiciones.

GRAN CASA CONSTRUCTORA

Teléfono 2.415

Fuencarral, 104.

## IMPRESOS Y SELLOS CHUCHO

ENCOMIENDA, 20 duplicado

APARTADO 271. — MADRID

## LOS MUCHACHOS

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

## Academia Misol.

PREPARATORIA PARA INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

Director: FELIX ALONSO-MISOL,

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

Alumnos internos y externos.

Pidanse los folletos que contienen instrucciones detalladas. Reglamento y programas.

MAGDALENA, 2, 2.º MADRID

## PIANOS

GAVEAU, FLEYEL, A. BORD, CONCERTAL, etc., al contado y plazos desde 25 pesetas. Pianos verdadera ocasión, garantizados, desde 400 pesetas. Alquileres desde 10 pesetas. Afiliaciones, compra, cambio y reparaciones. **AUTO-PIANOS**

R. ALONSO

22, Valverde, 22

# Pureza del Cutis

CONSERVADA Y RECOBRADA CON

## La Leche Antefélica o Leche Candès

Esta preparación, cuyo invento es remontado al año 1849, debe propiedades cosméticas á la feliz combinación de elementos tomados de la materia medical atemperada por proporciones rigorosamente determinadas y cuya acción no traspasa las capas superficiales de la piel.

### 1.º DOSIS BENIGNA.

Empleada en esta dosis, es decir, mezclada con más ó menos agua (*Véase la manera de emplearse*), la *Leche antefélica* ó *Leche Candès* es ciertamente la más sana y más útil de las aguas de tocador. Entretiene los poros libres; depura, tonifica y fortifica insensiblemente los músculos de la cara, conjurando de este modo, re-rasando ó borrando las arrugas; destruye los granos sin repercutirlos; disipa el so ano, la rubicundez, las eflorescencias farináceas y furfuráceas, las rugosidades y demás alteraciones de la superficie del dermis; combinado con un tratamiento interno, restituye el color natural á los rostros barrosos; precave generalmente en los adultos (rara vez en los adolescentes) la reproducción de las pecas, que hace desaparecer en dosis estimulante conserva la piel del rostro clara, tersa y transparente.

### 2.º DOSIS ESTIMULANTE.

Empleada en esta dosis, es decir, en estado puro ó mezclada con igual cantidad de agua (según la

delicadeza de la epidermis), la *Leche antefélica* ó *Leche Candès* destruye las *esfúldas* y el *lentigo*, manchitas redondas y rojizas que suelen salir en el cutis.

«Bajo la influencia de estas lociones, ha escrito un sabio doctor, sobreviene escozor y un fuerte sentimiento de tensión, acompañado de una ligera tumescencia local; poco despues la epidermis, que adquiere un color pardo anuido, se seca y se produce una descamacion bajo forma de pequeñas escamas, que deja á descubierto la piel blanca y fresca, sin ninguna huella de las manchas que antes la cubrian.»

Como se ve, si el tratamiento en dosis estimulante (siempre sin peligro, lo repetimos) es enérgico, su eficacia es soberana. Tales son las propiedades cosméticas — afirmadas por

observaciones medicales y consagradas por largos años de experiencia — que desde 1849 han extendido por el mundo entero el uso de la *Leche antefélica* contra las alteraciones accidentales de la piel del rostro y para la conservación de la pureza y tersura del cutis.

### MANERA DE EMPLEARSE SEGUN LOS CASOS

I. DO SIS BENIGNA Y AGUA DE TOCADOR. — Agitar el fresco hasta que el liquido haya cobrado una apariencia lechosa; verter en un platillo la cantidad de una cucharada de café; añadirle: 1.º, una ó dos veces otro tanto de agua para la rubicundez ó rostro barroso; 2.º, dos ó tres veces otro tanto contra la solana, las arrugas prematuras, los granos, las rugosidades, grietas, eflorescencias farináceas ó furfuráceas y demás alteraciones accidentales; 3.º, tres ó cuatro veces, como agua de tocador, para conservar la piel del rostro firme y tersa. Con estas mezclas, empanar un trapito de hilo y humedecer dos veces al día el sitio de las afecciones. Como agua de tocador, una loción basta, con preferencia por la mañana, algunos minutos antes de la afección.

II. DOSIS ESTIMULANTE CONTRA LAS PECAS Ó LENTIGO. — Los dos primeros días, añadir á una pequeña dosis de *Leche* vertida en un platillo una cantidad igual de agua, dosis que hay que continuar si los efectos descritos más abajo empiezan á producirse; si no, desde el tercer día se emplea la *Leche* en estado puro, y se humedecen, *sin frotar*, las manchas, una vez, dos veces, tres veces á lo sumo durante el día (según la delicadeza del cutis), hasta que la epidermis que las cubre, pasando por dos fases previstas y siempre sin gravedad — 1.º, escozor más ó menos vivo; 2.º, ligera tumescencia acompañada de un sentimiento de tensión, — haya recobrado un color pardo y se seque. Obtenido este resultado, se opera con adición de tres cuartas partes de agua. La epidermis se exfolia, y la piel, momentáneamente roja, aparece (después de diez ó quince días de tratamiento), blanca y fresca y libre de las manchas que la empañaban.



B. Dip. Almería

AL-821-BUR-abo



1000816